

EL KEÑEWE O YAMJATRRÁWICH

POR

Tomás Harrington

Los indios del Sur ⁽¹⁾ usan abundantemente el cuero.

En tiempos primitivos fueron principales proveedores de la rústica industria indígena, el guanaco, el zorro, el zorrino, el puma, la liebre, el huemul, el avestruz y tal vez la nutria, nómina que más tarde integran la vaca, el caballo, la oveja y la cabra. Los pellejos de estos animales importados han adquirido preponderancia visible y junto con los de guanaco, zorro y zorrino, en franca declinación, son los más usados en el día. El puma y el casi extinguido huemul han dejado de ser víctimas de las necesidades del aborigen, y sucede lo propio con la liebre (*Dolichotis patagónica*), cuyas pieles una vez convertidas en quillangos se pintaban con diseños exclusivos. La otra liebre, denominada "europea" en la Patagonia para distinguirla de la autóctona, invadió aquellas tierras hace muy poco. En Chubut, donde empezaron a verse las primeras en 1920, constituye ahora plaga indestructible, y de su carne apro-

(1) Me refiero al *Araucano* o *Mapu Che*; al *Aóeni Künk* (o *Kenk*, oscura la vocal), *Tehuelche* o *Patagón*; y al *Gümina Küne*, llamado de diferentes modos, entre otros, *Pampa* (Moreno, Milanesoi, Cox), *Puelche* (D'Orbigny), *Tehuelche del Norte* (Cox) y *Gennaken* (Moreno), éste preferido en la última década y defectuosa escritura de *Gümina Küne* oído por mí incontables veces de diez individuos de ese origen y de cuya pronunciación he tratado en un trabajo anterior. (TOMÁS HARRINGTON. *Observaciones sobre vocablos indios*, en *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*, serie A. III, p. 59. Buenos Aires, 1935).

vecha el indio paupérrimo, sin industrializar la piel que enajena por pocos centavos o unos gramos de yerba, azúcar o harina.

Entre otras muchas aplicaciones, el cuero intervenía en la construcción del toldo, fabricación de quillangos, recipientes para agua, grasa y diversos elementos, mallas defensivas, “pelotas” para atravesar ríos, etc.

No entra en mi propósito ocuparme en detalle de los innumerables usos del estimado material. Sólo me referiré a un instrumento con el cual se preparan determinadas pieles (2), a objetos elaborados con su auxilio y a voces vinculadas con el asunto.

El instrumento aludido, (habló del ejemplar que poseo) consta de dos pedernales adheridos a un trozo cilíndrico de madera que mide 125 mm. de largo y 45 de diámetro; llámase *yamjatrráwich* en *gününa yájitch*, *keñewe* en araucano, y ha sido ya estudiado (3), lo cual me ahorra describirlo minuciosamente. Me hubiera abstenido también de escribir estos renglones si no pensara que agregan nuevos datos a los publicados.

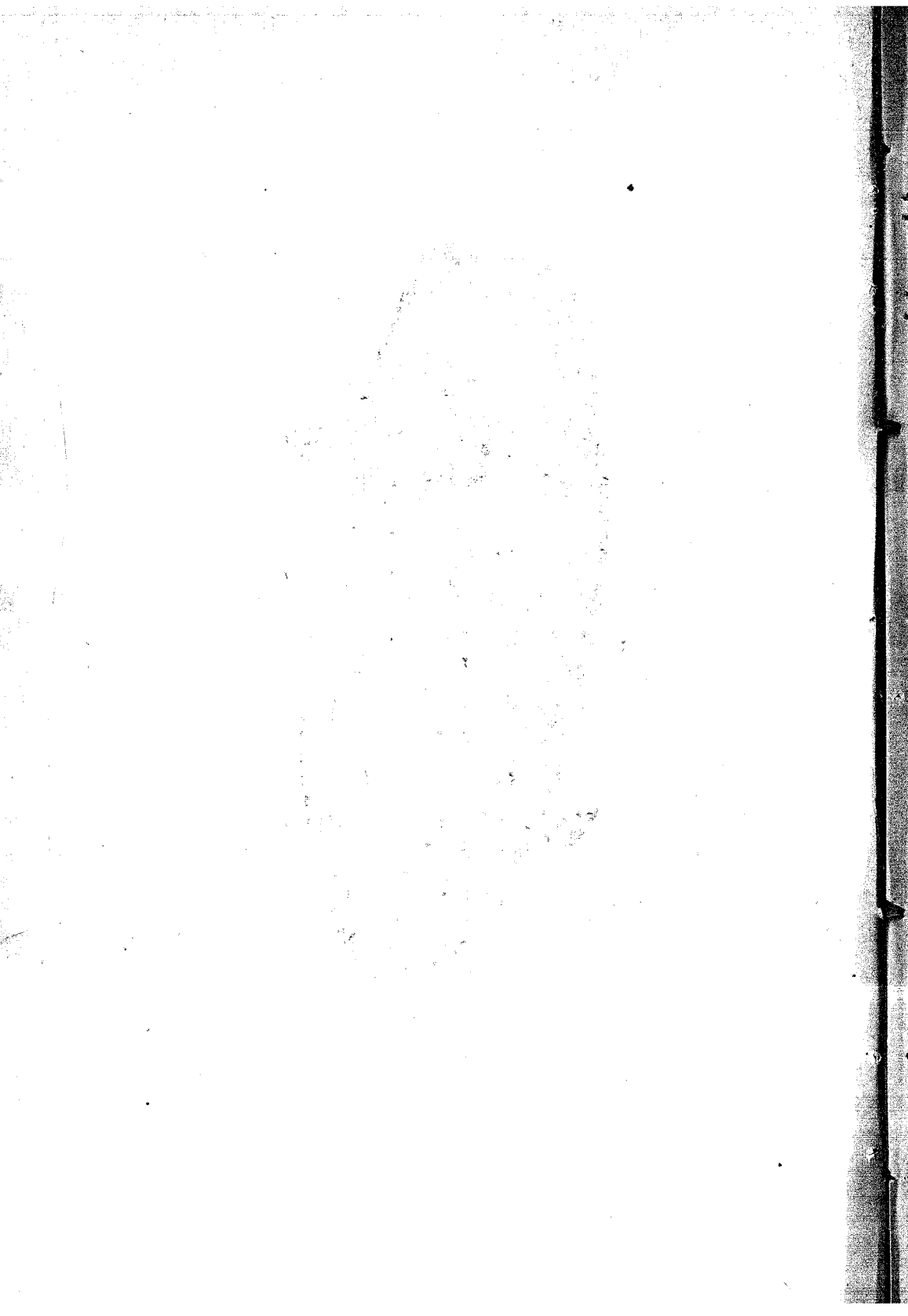
Outes ofrece dibujos de dos instrumentos enmangados. Del primero (pág. 338, fig. 52) dice que es genuinamente patagón; del otro (pág. 339, fig. 53) —el *keñewe*— que el mango es de procedencia araucana, pero no da los fundamentos de su aserción, discutible en mi entender, máxime si se considera que el *Gününa Küne* posee nominativos propios para el todo (*yamjatrráwich*) y sus partes.

(2) Cuero, en *mapu che sung-ú*, se dice *trrilké*; en *gününa yájitch*, *aléhlík*; en *áeni áyin*, *korr't*. *Sung-ú*, *yájitch* y *áyin* significan para el Araucano, *Gününa Küne* y *Áeni Künk*, respectivamente, lengua, conversación, noticia, palabra. En *aléhlík* la hache representa fuerte espiración, frecuente en esta lengua, de la sílaba precedente, y la *i* no es pura; *yájitch* suele perder el prefijo *ya*, según explicaré cuando publique los apuntes que sobre el *Gününa Küne* he reunido en Chubut; y pongo tilde en *áyin*, innecesario de acuerdo con regla castellana, porque en esta lengua y en la del *Gününa Küne* —*máken*, por ejemplo, que irá después— sobresale netamente la sílaba acentuada, siendo la pospuesta débil, corta y en ocasiones fugitiva.

(3) VERNEAU, DR. R. — *Les anciens Patagons. Contribution a l'étude des races précolombiennes de L'Amérique du Sud*, p. 266, Mónaco, 1903. — OUTES, FÉLIX F. *La edad de la piedra en Patagonia*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, tomo XII (Serie 3ª, t. V), pp. 338 y 339, Buenos Aires, 1905.



Keñewe procedente del dep. Languiño; Chubut, a cual hace referencia el autor de este trabajo (nº. 43-2.901, de nuestras colecciones)



El mismo autor (pp. 323 a 342) clasifica once tipos de pederuales, dándoles la común denominación de *raspadores*. Creo que la generalización es inadecuada, por cuanto el oficio que desempeñan en el *keñewe* es el de raer y no el de raspar, por lo cual, en el caso, *raedores* sería más preciso. Y en el yesquero, donde participan, ni raspan ni raen, lo que demuestra mejor la inconveniencia de agruparlos bajo común denominador.

Los pederuales nómbrales *keupú* el Araucano y *máhyiech* el Gününa Küne, presentan burdo filo obtenido por percusión en una de sus extremidades y van embutidos por la otra en cortaduras practicadas en la madera, donde quedan inmovilizados mediante una pasta hecha con resina de molle, azúcar y deyección de vaca, ésta sustituto moderno y más empleado que la de guanaco. La composición se calienta en el momento de aplicarla. En cuanto al azúcar, no logré averiguar qué ingrediente hacía antiguamente sus veces.

La voz *keupú*, en realidad, no es exclusiva para las piedritas del *keñewe*; es más bien colectiva, puesto que comprende a diferentes trozos líticos trabajados, como los del yesquero (4), puntas de flecha y perforadores, si bien, particularizando, la punta de flecha llámase *pülki*.

El indio de hoy desconoce el procedimiento para dar filo al *keupú*, se limita a tomar el utensilio de talleres primitivos que en buen número hay en la Patagonia. De importantes "paraderos" situados en las riberas del río Gualjaina (Chubut) los he recogido por docenas, y en la misma gobernación otros yacimientos bautizan

(4) El yesquero se compone de dos *keupú*, uno sirve para dar el golpe sobre otro que va dentro de una bolsita de cuero, o del extremo puntiagulo de un cuerno, en compañía de un vegetal carnoso, blanco, especie de hongo, propio de sitios húmedos y sombríos de los bosques andinos, el cual, una vez sobado, seco y desflecado, arde fácilmente al producirse la chispa, obteniéndose así el fuego. El percutor natural solía sustituirse con el eslabón, o "fierrito" en el decir del indio informante.

El Araucano llama *trral kurá we* al yesquero y *numilén* al vegetal combustible, siendo *máhyiech* y *májchin* los respectivos equivalentes del Gününa Küne. Obsérvese que para éste el pedernal y el yesquero están tan íntimamente relacionados que designa a ambos con una sola palabra.

lugares, v. gr., *Keupú We*, próximo al cerro Blan Kumtrre y a unos 15 ó 20 kilómetros de Colelache, con homónimo, dicho a menudo *Keupu Gniyeu*, en el departamento Paso de los Indios, que los galleses, en inglés, denominaron *Gin Box* y perdura en la toponimia traducido *Cajón de Ginebra*.

La resina del molle, componente esencial de la pasta usada para fijar el *keupú* en el *keñewe*, en araucano es *nguechó*; en aóeni áyin, *mécharn*; y en *gününa yájitch*, *máken*, anotado erróneamente *maki* por Outes (5).

Presencié la discusión de dos indios araucanos, uno argentino, chileno el otro, respecto al verdadero nombre del instrumento. Sostenía aquél que lo correcto era *keñewe*; porfiaba éste en que debía decirse *kiñewe*. Acaso ambos tuvieran razón, pues los hay de uno y de dos pedernales, más abundante el último. *Kiñé* significa uno, y *kañé*, gemelos, etimologías originarias sin duda de la tenaz y singular controversia. Parece ilógico, por tanto, llamar *keñewe* al de una piedra y *kiñewe* al de dos.

El *yamjatrráwich* o *keñewe* emplábase para despojar las adherencias grasosas y otras orgánicas de las pieles con que el indio fabricaba bolsas de destino vario. Una de estas bolsas denominase *trrakal* en araucano; idéntica, o semejante, *euwe* o *ewe* en aóeni áyin, mientras que en *gününa yájitch* he apuntado las tres siguientes:

a) *Yámüch*, hecha con la piel envolvente de la "picana" de avestruz y luego forrada con cuero de guanaco, en la que se recogía durante los meses de abundancia, el verano, grasas semilíquidas como las de avestruz (*Rhea*) y piche (*Dasypus minutus*), guardándolas para el invierno y la primavera, período de escasez por estar flaco el bípedo y el armadillo.

Las tribus, en su constante peregrinar, no llevaban consigo otras reservas; lo común era dejarlas en sitios aparentes para invernar, protegidas con ramas de plantas espinosas —calafate, cacto, molle y otras— contra la voracidad de zorros, pumas y aves de rapiña.

(5) OUTES, obra cit., p. 339. *Maki*, en mapu che sung-ú, es el fruto del *k'lon* (*Aristolia maqui*) y por metonimia la planta misma.

Un cañadón en la vecindad de Taquetren (6) (Chubut), fué paraje predilecto y muy frecuentado para conservar los previsores depósitos, a tal punto que concluyó por convertirse en topónimo: *Iwank Chákach* (7), inexistente en la nomenclatura actual.

b) *Shrranka*, recipiente hecho únicamente con pellejo de guanaco, servía para guardar grasas más sólidas, charque molido y chicharrones.

c) Y una tercera bolsa, más pequeña que las anteriores y cuyo material proporcionaba asimismo el guanaco, llamada *kumele*, se usaba para almacenar el tuétano (*matrrá* en araucano, *trráktrrak* en *gününa yájitch*), comestible apetecido, y que, además, mezclado con cierta arcilla roja, formando unguento, he visto infinidad de veces aplicar a indias *Gününa Küne* en la cara, el cuello y las manos de sus hijos, en horas de la noche, antes de dormir.

No tuve oportunidad de ratificar el origen de la palabra *kumele*, ni de otra que también he oído, *wunká*, aplicada a alguno de estos envases o a uno diferente. Me fueron dadas por indio *Gününa Küne*, pero *kumele* por su estructura y la otra por ser aguda, parecen más bien araucanas.

Desaparecido el nomadismo después de 1880, a raíz de la ocupación de los territorios australes por el ejército nacional (expedición Roca), el indio abandonó el uso de estos sacos, reemplazándolos con baldes, tarros y continentes por el estilo.

Subsiste sin embargo, venida a menos, la fabricación de mantas con pieles de guanaquitos, zorros y zorrinos, especialmente de chulengos por su mayor tamaño, abundancia y duración. Varias causas originan la decadencia de esta industria, las principales, a mi juicio: paulatina incorporación del aborigen a la vida civilizada; disminución de la fauna, cuando no casi total exterminio, según ocurre con el huemul; multiplicación de los alambrados; y los altos precios a que llegaron a cotizarse las pieles, causa fundamen-

(6) Corruptela de *Tague Trren*, que para el *Gününa Küne* quiere decir: *Tague* (muy gutural *gue*) bajo, de escasa estatura; *Trren*, cerro. Hállase a 30 ó 35 kilómetros al Oeste de Colelache.

(7) Del *Gününa Küne*: *Iwank*, grasa; *Chákach*, cañadón: cañadón de la grasa. Si se emite sola, *iwank* lleva acento en la vocal inicial, que en el geográfico se desvanece.

tal quizá, pues indujo al indio a venderlas sueltas, a medida que las lograba, evitándole a su consorte el paciente, engorroso y largo trabajo de descarnarlas, sobarlas, coserlas y transformarlas en quillangos.

En dicha faena el indígena emplea aún el *yamjatrráwich*. Tres o cuatro lustros más y el instrumento sólo será posible encontrarlo en los museos.

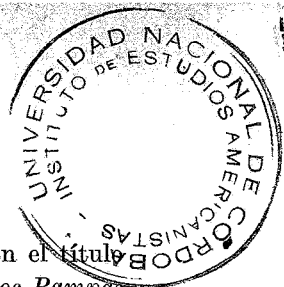
Con tendones de avestruz y guanaco se cosen y unen los pellejos. Terminada la manta, se embadurna con hígado crudo la cara opuesta al pelo. Ignoro cuál es el objeto de esta aplicación, usual también en lazos trenzados cuando están demasiado blandos: el hígado les da cierta rigidez, con lo que se consigue que la argolla se deslice fácilmente y la "armada" y los "rollos" permanezcan abiertos en el instante de arrojar el lazo. Concluído el trabajo principal y emparejadas las orillas del quillango, se recurre a una piedra elipsoidal, manuable y en extremo porosa para librarlo del polvo, ceniza, trocitos de madera y demás cuerpos extraños, a la que el Gününa Küne llama *cháyirsh* y el Araucano *muskewe* y *mushkewe* (*sh* como en inglés), siendo *éhsch* y *fun* las correspondientes sinónimas del tendón. El *cháyirsh* se pasa sobre el pelo reeptidas veces en toda dirección hasta obtenerse el fin perseguido.

La palabra quillango ha entrado como argentinismo en el *Diccionario* de la Academia Española, definida así: "m. *Argent.* Manta formada de pieles cosidas que usan los indios para abrigo y en la cama", explicación deficiente, por cierto, ya que los habitantes civilizados de todo el país aprecian en alto grado el valioso abrigo, adquiriéndolo en peleterías de pueblos y ciudades argentinas.

Fluye de lo expuesto que la dición "quillango" es popular entre indios y blancos, aunque no pertenece a ninguna de las lenguas australes poseedoras de estas equivalencias: *waralka*, la araucana; *gütrruj*, acentuada la primera vocal, la gününa yájitch; y *kay*, la aóeni áyin.

En mi entender, la palabra proviene del lenguaje de la llanura oriental y está constituida por *quiyá*, probablemente del guaraní, y el sufijo *ngo*.

En la *Colección de obras y documentos...* por Pedro de An-



gelis, después del *Diario* del capitán Hernández (8) y con el título de *Calidades y condiciones más características de los indios Pampas y Aucaces*, trabajo que, al parecer, es igualmente de Hernández, lo (p. 57): "Su vestimenta se compone de muchos cueritos de zorrillos, pedazos de león y otros de venado, los que van ingiriendo y hacen uno de dos y media varas de largo que llaman *guavaloca* [indudable deformación de *waralka*], y nosotros *quiapi*, con lo que se cubren desde el pescuezo hasta los tobillos, fajándose por la cintura con una soga de cuero de potro, y cuando tienen frío o llueve lo alzan y quedan tapados."

"Las indias —prosigue— gastan *quiapi* lo mismo que los indios"...

Los "Pampas y Aucaces" designaban a la manta "guavaloca" (*waralka*) y nosotros "*quiapi*". *Nosotros*, es decir, los habitantes de Buenos Aires y sus proximidades, incluso las orillas e islas del Paraná, porque tal vez el guaraní hacía su manta con la piel del quiyá, nutria o *Myopothamus coipus*, animal que, entre otros lugares, vive en el Delta.

Quia (de *quiapi*) ha de ser contracción o errónea grafía de *quiyá*, tanto más probable cuanto que así la registra el diccionario de Zerolo: *quiyapi*.

Y en guaraní, pellejo, piel, es *piré*, mas se apocopa *pi*, como en *vacapi*, cuero de vaca. En consecuencia, *quiyapi* sería cuero de *quiyá* o nutria.

Transcurren cincuenta y dos años desde Hernández y *pi* desaparece, tomando su lugar *ngo*, y *quiya* se convierte en *quilla*. En efecto, en el *Diario de la expedición de 1822 a los campos del Sud de Buenos Aires desde Morón hasta la Sierra de la Ventana, al mando del coronel Pedro Andrés García* (9), dice (p. 71):

"*Madama* Antiguan nos convidó con asiento, teniendo al efecto preparado una tipa tapada con un *quillango* que debía servir de asiento al Sr. Coronel comisionado"... Pero los araucanos de la pampa pronuncian la voz a su manera, según prueba el mismo

(8) *Diario que el Capitán D. Juan Antonio Hernández ha hecho, de la expedición contra los indios Teguelches...* en 1.º de octubre de 1770, en la *Colección* citada, tomo V, p. 34. Buenos Aires, 1836.

(9) *Colección...* citada, tomo IV, pág. 29. Buenos Aires, 1836.

Diario (p. 156): “En su idioma los denominan “*quillangús*”..., permutando *g* por *c* o *k* cuando sigue *a*, *o*, *u*, tal como acontece actualmente en Río Negro y Chubut con individuos de igual origen, quienes de gato, sogá y quillango hacen *cato* o *catu*, *soca* y *quillanco*.

De la enorme expansión de *ngo* sería responsable en parte el español, en cuyo idioma hay sustantivos y verbos que finalizan con él. Tales, *diptongo*, *mango*, *mondongo*, *domingo*, *pongo*, *distingo*, *tengo*, *vengo*, etc. Llegado a las Antillas y más tarde a “tierra firme”, al conquistador le fué fácil adosar a voces exóticas la familiar partícula, influenciado quizá porque la tuviera también, exacta o aproximadamente, una u otra lengua americana. Así, por ejemplo, la tiene abundantísima en nominativos el Yunga, del Perú. Por su parte, los negros africanos importados en gran número durante los primeros siglos de la conquista, traían el sufijo hasta en el nombre del suelo que tantos esclavos dió a América: el *Congo*.

Sea como fuere, la verdad es que desde Méjico hasta Tierra del Fuego, la terminación *ngo* entra profusamente en americanismos, no pocos derivados de lenguas autóctonas. Podría mencionar docenas de cada país, pero, sin pretensión exhaustiva, me limito a sílabo breve de los que corren en la Argentina: *catango*, *chango*, *charango*, *chimango*, *chulengo*, *matungo*, *maturrango*, *porongo*, *quillango*, *tango*, *tongo*, *tilingo*, *guarango*, *pingo*, *tamango*, etc., varios de los cuales se conocen y usan en países vecinos y más allá.

Y los hay de idéntica ortografía que expresan ideas dispares; tal el caso de *congo*, que en el Perú vale por rechoncho y en Panamá es una especie de abeja.

El tema se presta para un estudio especial. Ojalá lo realice pluma más autorizada que la mía.

El *yamjatrráwich* o *keñewe* de mi propiedad lo remito en carácter de insignificante donación al Museo del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Córdoba, acompañado de estas líneas, también minúsculo valor, con mis mejores votos por la prosperidad del flamante Instituto.

Buenos Aires, diciembre de 1942.